

madre? Fácil es sentar reglas generales y pretender inculcarlas de los hechos prescindiendo de aquellos que contradicen los conceptos que nos proponemos establecer y que son hijos de la opinion meramente subjetiva.

Las persecuciones religiosas cesan cuando se eleva el criterio moral de los pueblos, y éstos comprenden el verdadero sentido de los principios religiosos, que en la civilizacion cristiana han oscurecido causas distintas, pero todas ellas hijas de antecedentes históricos que han contrariado el desarrollo y perfeccion de las leyes morales; las cuales no impedirán, sin embargo, la actividad de propaganda, inherente al espíritu religioso, y que sólo influirán en los medios que se elijan para realizarla, cada vez más puros, aunque siempre influidos por las pasiones que son peculiares de la mera animalidad del hombre ó del cálculo egoista que se apoya en un concepto incompleto, y en general puramente materialista, del bien individual y colectivo.

En cuanto á la guerra, es cosa verdaderamente admirable la incapacidad para comprenderla que revelan los positivistas, y en general todas las escuelas racionalistas abstractas. Buckle no ve en la guerra más que sus horrores; no considera que hasta ahora ha sido, y probablemente seguirá siendo, el gran instrumento de la perfeccion humana; y aunque reconoce que el guerrero hasta en los últimos tiempos de la edad antigua era, por decirlo así, el representante más genuino de la civilizacion, en cuyo nombre combatía, cree que los adelantos de las ciencias, y especialmente la invencion de la pólvora, han variado por completo las condiciones militares de los pueblos modernos, creando en ellos como funcion particular el arte de la guerra contrapuesta y subordinada á las funciones intelectuales que tienen en las naciones cultas una influencia decisiva; esto, unido al desarrollo económico, es, á su parecer, lo que dificulta y ha de dificultar cada día más la guerra; creencia que llegó á generalizarse de resultas de la paz relativa en que vivió Europa despues de la caída del primer imperio napoleónico.

Cuando Buckle escribía su libro, acababa de ocurrir la guerra de Oriente de 1854, y la atribuye al atraso intelectual de los dos principales combatientes que la provocaron, Rusia y Turquía; y pregunta yo: ¿cómo y por qué acudió Europa en auxilio de la potencia más atrasada y más caduca? ¿No le indicaba esto á Buckle que había otras causas, muy diversas del atraso intelectual de Rusia y de Turquía, en aquel grave conflicto que habrá de repetirse, cuando sea mayor el desenvolvimiento intelectual de uno de los contendientes? En este caso, como en todos, los positivistas se fijan en la circunstancia exterior y aparente, que más conviene á su punto de vista, y olvidan las demas, aunque sean, como son de ordinario las más importantes.

Pero ¿cómo hubiera podido explicar Buckle por medio de sus reglas ó pretendidas leyes históricas los grandes conflictos que han surgido en Europa en los últimos años, todos ellos resueltos por medio de las armas en guerras breves, pero las más sangrientas que la historia registra? Guerra de Austria y Prusia con Dinamarca, por los Ducados; guerra de Francia y el Piamonte contra Austria; guerra de Prusia contra la antigua Confederacion Germánica, y por último, guerra del nuevo Imperio Aleman contra Francia; en todas ellas han luchado entre sí las naciones más cultas de Europa; pero en la postrera la lucha se ha entablado entre dos pueblos que pretendían ser el cerebro de Europa, y uno de ellos el corazon además del cerebro; la victoria ha quedado por la Prusia; mas la Francia no se resigna á su vencimiento y todo indica que se renovará la guerra, en la que llegaron á tomar parte las dos naciones enteras representadas por todos sus individuos viriles, y no por los que hacen su profesion de la milicia: Por otra parte, cuantas fuerzas económicas y científicas existían en ambos pueblos, otras tantas se pusieron al servicio de la guerra, que en resumen no es más que el choque de la resultante que se origina en cada nacion del conjunto de tales fuerzas, resultantes que tienen sus personificaciones y sus signos representativos en la esfera militar; el general Molke es todo el saber alemán convertido en especulacion guerrera; el cañon Krupp, que figuró en la última exposicion universal, era el resumen de todas las ciencias fisico-matemáticas aplicadas á la milicia y el simbolo del poder alemán en estas terribles, pero necesarias manifestaciones de la vida de la humanidad, que vienen á ser lo que los periodos críticos en la vida de los individuos.

ANTONIO MARÍA FABIÉ.

LOS MEDIOS DE PRESERVARSE DE LA LOCURA.

Entre las personas que han reflexionado sobre sus ideas y sentimientos, muchas sin duda, en determinado momento de su existencia, han comprendido que les faltaría poco para perder el juicio, y que positivamente necesitaban un esfuerzo que detuviera su razon próxima á extraviarse. Para los que tienen la locura en la sangre, por decirlo así, el esfuerzo debe, sin duda, ser rudo y continuo, y en algunos constante la lucha, á fin de resistir las fuertes propensiones de todo su sér.

¿Hasta qué punto, el hombre que se vuelve loco, es responsable de su locura?

Este asunto ha preocupado poco y, sin embargo, merece que se reflexione en él profundamente. No cabe duda de que el hombre tiene ó puede tener en sí mismo, hasta cierto punto, el poder de

prevenir la locura. Venga de donde venga la locura, es la decadencia de la voluntad, la pérdida de la facilidad de coordinar las ideas y los sentimientos; de aquí que el prudente desarrollo de la fiscalización de la voluntad sobre las ideas y los sentimientos proporcione al hombre una fuerza que lucha enérgicamente en favor de la salud. No es raro ver dos personas, colocadas ambas por la herencia bajo influencia perniciosa, y en cuanto puede juzgarse, igualmente predisuestas á la locura, seguir muy distinta carrera: alcanza una feliz éxito, y quizá reputación; llega la otra al suicidio ó á la locura. Un objeto elevado á que durante toda la vida se aspira apasionadamente, un objeto al que se dirigen todas las energías y que impone por tanto la disciplina de sí mismo, es sin duda para el primero de dichos individuos el esfuerzo salvador. Al segundo ha faltado este objeto, grande por sí mismo, ó grande para el hombre á quien obliga á observarse y contenerse; no ha tenido para gobernarse un motivo bastante poderoso, y ha dejado la puerta abierta al tumulto de los pensamientos y de los afectos que conducen á la locura.

Bajo este punto de vista, es curioso é interesante observar las extrañas, pero saludables salidas que un átomo de locura constitucional encuentra para desarrollarse y seguir su carrera: á veces es una minuciosidad extrema y sordida; á veces la adopción fanática de doctrinas y prácticas religiosas excesivas, ó bien, como sucede en estos tiempos, el absurdo de un comercio fantástico con el mundo de los espíritus; una predisposición enfermiza al delirio poético; la desordenada propaganda de las teorías sociales ó políticas más exageradas. Estas indicaciones bastan para comprender lo que quiero decir, y sabido es que hay número infinito de excentricidades particulares, imposibles de apuntar en este momento, que no pueden interpretarse de otro modo. Por tristes, por absurdas, por peligrosas que estas extravagancias parezcan habitualmente, preciso es mirarlos con indulgencia: son otras tantas direcciones que han tomado afortunadamente en su desarrollo las tendencias á la locura; y digo con exactitud afortunadamente, porque sin ello, el resultado hubiera sido por desgracia la locura más positiva. Es un mal que hace bien: una especie de locura disfrazada ó encubierta.

¿Qué camino ó qué regla debe indicarse al hombre ansioso de protegerse contra la amenaza de un ataque de locura? Cuando se piensa en ello, la grandeza y la dificultad del problema aparecen casi insuperables. No cabe duda de que en la capacidad de arreglarse á sí mismo, que más ó menos existe en cada cual de nosotros, reside un po-

der de contenerse y de dirigirse, capaz de prevenir la locura. Acaso pocas personas se volverían locas, al menos por causas morales, si conociesen todos los recursos de su naturaleza y supieran desarrollarlos sistemáticamente. La experiencia y la práctica de los locos nos enseña qué fuerza de posesión de sí mismos son capaces de ejercer cuando tienen algún motivo bastante poderoso. El temor de sufrir, abandonándose á las propensiones de la locura, basta á veces para tener en jaque estas propensiones. La firmeza con que disminuyen sus delirios ó los niegan formalmente, cuando pierden algo confesándolos, ó ganan ocultándolos, prueba el imperio que sobre sí tienen y que les envidiarían muchas personas sensatas. Los ejemplos de manías suicidas y de manías homicidas demuestran el buen éxito con que se han dominado, unas veces por determinado tiempo y otras completamente, los desesperados impulsos de la locura. A causa de esta fuerza de disciplina, de que pueden efectivamente disponer los locos y del modo como ponen en juego esta fuerza los directores de los manicomios, estos establecimientos son en su mayor número hoy casas tranquilas y bien arregladas, en vez de lugares de desórden, de furor y de violencia. El principio de la curación de un demente siempre es el despertar de la potencia de la voluntad, despertar que es tanto más posible, cuanto que la enfermedad, en gran número de sus formas, no va acompañada de desórdenes físicos, siendo *funcional* y no *orgánica*. Si esta potencia existe todavía en el espíritu aún enfermo, en bastante grado para impedir las manifestaciones de la locura, y cuando se empieza á recobrar la acción para comenzar la curación, ¿no es justo suponer que, por medio de una educación y un ejercicio conveniente, se pueda ahogar el mal desde un principio?

Por desgracia ésta suele estar tanto menos desarrollada cuanto más necesario es su desarrollo.

Es completamente inútil querer inculcar á un hombre, cuyo carácter ha empezado ya á moldearse de cierta manera, el arte de formarse á sí mismo. El carácter es, en efecto, el desarrollo lento producido por la acción en las diversas circunstancias de la vida que nos solicitan. No se le forma de pronto y sólo por la reflexión.

Un hombre no puede querer, como no puede hablar sin aprenderlo, y la voluntad, como la palabra, se aprenden con la práctica y el ejercicio. Se ha dicho con exactitud que la historia de un hombre es su carácter, y pudiera añadirse que querer transformar un carácter es pretender deshacer la historia de toda una vida. Las leyes físicas é inmutables, en virtud de las cuales los acontecimientos suceden, son tan poderosas en

el dominio del espíritu como en cualquier otro dominio de la naturaleza.

Lo que mejor demuestra la dificultad de comprender bien la ley que preside al desarrollo del carácter y á la sucesion de los acontecimientos de la vida humana, son las críticas de que ha sido objeto el Werther de Goethe. Se ha censurado con frecuencia á Goethe el haber hecho que se suicide su héroe en vez de conducirlo á un punto de vista más claro, á un sentimiento más tranquilo y á una vida más pacífica, despues de sus pesares. Reflexionando bien, se adquiere el convencimiento de que el suicidio era el término natural é inevitable de las enfermizas tristezas de tal carácter; es la explosion final de una serie de antecedentes que la preparan; un acontecimiento tan seguro y fatal como la muerte de la flor cuyo corazon roe un insecto. El suicidio ó la locura, he aqui el fin natural de una naturaleza dotada de una sensibilidad mórbida, y cuya débil voluntad es incapaz de luchar con las duras pruebas de la vida. Tanto valdría, en verdad, predicar la moderacion al huracan ó filosofar con un hombre cuyos antecedentes le han conducido al borde de la locura.

Creo seguramente que los moralistas han exagerado mucho á veces el poder directo de la voluntad, considerada como una entidad abstracta, sobre los sentimientos y las ideas, sin tener al mismo tiempo en cuenta la lentitud con que la voluntad concreta se forma por grados. Es el esfuerzo culminante del desarrollo mental, el florecimiento final de la evolucion humana; es la prueba de un progreso fisiológico, ménos aparente sin duda, pero tan real como el que distingue el sistema nervioso del hombre del sistema nervioso de los animales inferiores. El tiempo y un ejercicio sistemático son necesarios á la organizacion gradual de la estructura, en cuyo pleno ejercicio se manifiesta la voluntad. Nadie puede conseguir, mediante el puro esfuerzo de la voluntad, pensar de cierto modo y sentir de determinada manera, ó solamente, lo cual es mucho más fácil, obrar siempre conforme á ciertas reglas; pero todo hombre puede, influyendo sobre las circunstancias que á su vez influirán en él, modificar imperceptiblemente su carácter. Puede, por tanto, llamando en su ayuda las circunstancias exteriores, aprender á separar su espíritu de una serie de ideas ó de un órden de sentimientos cuya actividad se extinguirá por tanto: puede tambien dirigir su espíritu hácia otro órden de ideas y de sentimientos que desde entónces serán más activos; y por medio de constante vigilancia sobre sí mismo y de ejercicio habitual de la voluntad en una direccin deseada, se llegará tam-

bien á contraer insensiblemente la costumbre de las acciones, de los sentimientos y de los pensamientos á que desee elevarse. Es preciso, en una palabra, ensanchar por grados su carácter hasta el ideal que se propone.

Desarrollar el poder de coordinar, para la realizacion de un objeto especial, el juego de los distintos músculos que contribuyen á una accion compleja, es desarrollar el poder de tener voliciones que dirijan los movimientos necesarios á este fin. De igual manera, desarrollar el poder de coordinar los sentimientos y las ideas para conseguir cierto objeto en la vida, es desarrollar el poder de tener voliciones que permitan alcanzar este objeto. Hay multitud de voliciones concretas y sólo hay una voluntad abstracta, distinta de las voliciones particulares. Del mismo modo que un individuo adquiere por la práctica un poder particular sobre los músculos de su cuerpo, asociándolos en la accion para la ejecucion de actos complicados, que no realizaria sin ese impulso, imposible de adquirir de pronto y haciendo así á sus músculos obedientes de ordinario á las órdenes de la voluntad, de igual manera puede adquirir por la práctica un poder especial sobre los sentimientos y los pensamientos de su espíritu, asociándolos en la accion para la ejecucion de un objeto determinado y haciéndolos así habitualmente obedientes á las órdenes de la voluntad y á la realizacion de su ideal. En nuestras casas de idiotas se ven ejemplos notabilísimos del desarrollo gradual que puede adquirir el poder de la voluntad sobre los movimientos y sobre las ideas en las condiciones más desfavorables. Los anales de estos establecimientos nos demuestran que apenas hay idiota tan degradado que no se le pueda, por medio de una cultura laboriosa y paciente, trasformarle hasta el punto de que posea física y moralmente determinada facultad de gobierno. Puesto que el poder de la voluntad es tan grande cuando se le desarrolla convenientemente, convendria no olvidar el hecho de que su desarrollo se obtiene por la educacion gradual y un ejercicio continuo, apropiados á las circunstancias en las cuales vive el individuo.

Asi se comprenderá por qué, cuando meditamos profundamente sobre el consejo que debe darse á una persona que teme volverse loca, no encontremos ninguno que pueda serle realmente eficaz. El carácter de esta persona, desarrollado ya, no se sujetaría á una regla que contrariase todas sus afinidades: no podemos borrar la obra de los años de su crecimiento ni deshacer su organizacion mental, y es forzosamente cierto que si pudiera utilizar algun consejo, seria á condicion de que le sirviese de guía para dirigir su educacion.

El médico sabe sin tardanza el escaso efecto de los mejores consejos sobre los que, teniendo tendencia á la locura, le preguntan lo que deben hacer para evitar el peligro; escúchanle atentamente, convienen en que tiene razon, le dan las gracias, se van... y continúan la misma vida que anteriormente.

Si se tuviera formal propósito de disminuir el número de locos, ó sólo de impedir que aumente cada año, convendría tomarlo de más léjos y establecer reglas para oponerse á la propagacion de una plaga que, de todas las enfermedades, es la que más se trasmite por herencia. La locura no es como la viruela ó la fiebre contagiosa de individuo á individuo; no se propaga de esta manera, y el lunático permanece felizmente en estado de minoría y de unidad en el mundo. No es comun que infeste á otras personas con el virus de sus falsas creencias. Pero desgraciadamente la locura es un mal que, desde que existe en el padre, puede imprimir al hijo más ó ménos predisposicion á la misma dolencia. El médico alienista se convence cada dia más del papel considerable que juega en una ú otra forma la predisposicion hereditaria en la produccion de la locura. Puede decirse que pocas personas pierden la razon, á ménos de influir causas físicas, materialmente sensibles, sin mostrar claramente con sus ademanes, gestos y habitual manera de pensar, de sentir y de obrar, que tenían una especie de predestinacion á la locura. Esta tendencia hereditaria puede ser fuerte ó débil; tan débil que apenas ponga la razon en peligro en las circunstancias más críticas de la vida; ó tan fuerte, por el contrario, que produzca una especie de furor maniaco en las circunstancias exteriores más felices.

Ahora bien; cuando procuramos mejorar una variedad de animales, nos guardamos bien de aparear individuos á quienes falten las cualidades que constituyen el carácter más estimado de la especie. No escogeremos para la reproduccion un perro de caza sin olfato ó un galgo que no sea ligero; ni para caballo padre el que sea defectuoso. ¿Conviene, en vista de ello, permitir que perpetúe su especie un individuo á quien falte lo que constituye el más noble atributo del hombre, una organizacion mental sana y sólida? Fijo esta cuestion porque debe examinarse con seriedad y responder á la pregunta sinceramente: no espero, sin embargo, que la humanidad, en el estado actual de su desarrollo, quiera tener este valor.

Cuando se ve la manera inconsiderada con que se casan ciertas personas, cualesquiera que sean los defectos de su organizacion física ó mental, sin

el menor sentimiento de la responsabilidad en que incurrer ni de las miserias y sufrimientos que van á producir en los que serán herederos de sus dolencias, sin cuidarse más que de su satisfaccion personal, motivos hay para creer que el hombre no es, como presume, un animal eminentemente razonable y moral, ó que hay en él un instinto superior que domina su conciencia. Con razon ó sin ella, está persuadido el hombre de que el amor entre los dos sexos tiene, en cuanto le concierne, algo de sagrado y misterioso que legitima el desdén de las consecuencias del matrimonio. Basta observar el ancho campo que tiene el amor en las novelas, en la poesia, en la pintura y considerar lo mucho que su nombre justifica en la opinion de actos más contrarios á la razon, para comprender la fuerza que ejerce en su actual estado de desarrollo, y el clamor que levantaria la tentativa de oponer á su prestigio los frios preceptos de la razon. En el fondo no hay, sin embargo, nada particularmente sagrado en el amor: al contrario, es una pasion que el hombre comparte con todos los animales, y cuando se medita en su carácter esencial y en su funcion, adviértese que es la mejor prueba de la comunidad de naturaleza entre los animales y el hombre.

Esta comunidad de naturaleza explica la animacion, los regocijos, los adornos y las fiestas que continúan siendo habituales acompañamientos del matrimonio, aunque la razon aconseje conducta más tranquila y modesta.

A decir verdad, para una persona sagaz que considerase con atencion cuán solemne es la empresa del matrimonio y cuán grande la responsabilidad que impone, no seria absurdo defender que hombres y mujeres debian llegar hasta él seria y casi tristemente, con la gravedad que inspira el sentimiento de la responsabilidad contraiada, como se hace al emprender un viaje incierto. Deberian reservarse los regocijos para el término de esta aventura, y sólo entónces, cuando cada cual hubiese desempeñado bien su papel, podrian con derecho proferir el *nunc plaudite*. Pero todo esto seria contrario á la ley de la naturaleza y á sus procedimientos. Cuando llega la hora de las bodas, despliega ella una exaltacion semejante á la de que el matrimonio nos da ejemplo. Hay entónces, lo mismo en el reino vegetal que en el animal una expansion y un transporte que hacen estallar toda la belleza de los colores y toda la armonia de los cantos. Las flores son el adorno del amor, y las melodias primaverales de los pájaros sus himnos. En tal momento la temperatura de la planta se eleva y adquiere un esplendor floral, tan rico, que Salomon, en la cúspide de su gloria, no estaba vestido como cualquiera de

ellas.» las aves se cubren con su más brillante plumaje, y su exaltacion estalla en las más variadas melodías. En todos los séres, las funciones llegan al arrobamiento ó al éxtasis amoroso, y el hombre está en armonía con el resto de la naturaleza al experimentar la misma embriaguez.

Existiendo este instinto, sería tan audaz como mal recibida la tentativa de fijar reglas para impedir ó reglamentar los matrimonios conforme á los frios consejos de la razon, áun en el caso de que la ciencia hubiese llegado á poder intervenir en este sentido con exactitud y autoridad. Además, ¿conocemos acaso todas las compensaciones posibles de estas alianzas en la apariencia imprudentes? Siempre será más cómodo y agradable admitir que lo que mejor pueden hacer los hombres, es continuar casándose, sin pensarlo mucho y confiando en «la Providencia universal que gobierna todas las cosas.»

A pesar de todo, hay cierta suma de nociones definidas, cuya verdad, teniéndola ó no en cuenta, debemos reconocer. Está probado que se verifica, al través de las generaciones, una evolucion patológica del espíritu; ó mejor dicho, una degeneracion patológica. El curso de los acontecimientos puede representarse del siguiente modo: en la primera generacion sólo se observará acaso el predominio del sistema nervioso, la irritabilidad, la tendencia á las congestiones cerebrales, con explosiones de pasion y de violencia: en la segunda generacion se agravarán las tendencias mórbidas, manifestadas por hemorragias cerebrales, afecciones idiopáticas del cerebro y la aparicion de neurósis, como la epilepsia, el histerismo, la hipocondría: si esta rápida decadencia no ha sido combatida, en la tercera generacion se presentarán las propensiones instintivas de una mala naturaleza, bajo forma de actos excéntricos, desordenados ó peligrosos, sobreviniendo despues los ataques de cualquiera de las formas de enajenacion mental: finalmente, en la cuarta generacion empeoran las cosas, apareciendo la sordo-mudez, la imbecilidad, el idiotismo, la esterilidad, llegando al término de la declinacion patológica. Tal es el curso de la degeneracion, cuando ningun obstáculo se le opone.

Afortunados matrimonios, una sabia educacion, una conducta prudente en la vida, pueden dar á los acontecimientos contrario giro y conducir á la regeneracion de la familia: la tendencia á la ruina puede ser combatida y á veces destruida. En el estado actual de nuestras costumbres, esta regeneracion es siempre un accidente, jamás resultado de un designio deliberado y activamente seguido. Ningun impedimento hay, sin embargo, para proponerse el objeto y trabajar de

continuo á fin de conseguirlo. La empresa sería complicada y difícil, pero no superior á las facultades humanas. La primera condicion para lograrlo sería convencerse de que acontecimientos, aparentemente fortuitos y caprichosos, como la imbecilidad de un niño ó el genio de otro, son efectos de leyes naturales, tan seguras como las complejas combinaciones y descomposiciones químicas. También eran ántes estos fenómenos completamente oscuros y parecian, como los de que ahora tratamos, irregulares, inciertos y de imposible interpretacion. Hoy se sabe que se producen con una uniformidad que jamás falta en circunstancias idénticas. Cuando una suma de pacientes observaciones y de investigaciones laboriosas, igual á la que emplean una sucesion de talentos distinguidos para descubrir el secreto de combinaciones químicas, se haya empisado en la investigacion de los misterios aún más complicados de la degeneracion y de la regeneracion de las familias, se tendrá seguramente clara nocion de estos fenómenos.

Entre tanto, y porque falte todavía esta nocion positiva, no deberian negarse los hombres á ciertas precauciones, ni correr alegremente riesgos inútiles. Pero continuarán enamorándose y casándose y teniendo hijos, á pesar de que no sea preciso que un hombre, hereditariamente predisuesto á la locura, se enamore de una mujer que tenga igual predisposicion y se case con ella. Siendo ordinariamente el enamorarse cuestion de relaciones y de vecindad, no es imposible mantenerse fuera del círculo de una atraccion peligrosa; pero un hombre, aunque esté apasionado, puede detenerse á tiempo, no aceptando el riesgo casi cierto de imponer dolores inauditos á los productos de una union imprudente, por evitarse el dolor momentáneo de una renuncia penosa.

Por una circunstancia deplorable, todo tiende á acrecer y exagerar el tipo nervioso de los individuos. En primer lugar, los que tienen este temperamento muestran preferente inclinacion á buscar en el matrimonio, por una especie de afinidad electiva, las personas que tienen las mismas cualidades mentales y participan por tanto de sus gustos, de sus sentimientos y de sus ideas. Una impresionabilidad vivisima, una imaginacion pronta á arrebatare y aspiraciones vagas al ideal, excitan su admiracion y su simpatia, mientras que el buen sentido, la subordinacion del sentimiento á la razon, la reflexion tranquila y fria, la actividad arreglada repugnan á su naturaleza. En segundo lugar, por una afinidad natural, buscan las circunstancias exteriores de la vida, cuya influencia es más apropiada para desarrollar que para combatir las propensiones par-

ticulares de su organización. No tienen la fuerza de carácter y el vigor de espíritu que les permitirían sufrir, aprender á dominarse en todas las circunstancias, cualesquiera que fuesen, y sacar de este modo ventajas para su propio mejoramiento, por penas que sean. Léjos de ello, su eleccion recae únicamente en las condiciones que halagan su inclinacion, y ésta es cada vez más fuerte, hasta convertirse en un desarrollo patológico. Gobiernan á sus hijos como se gobiernan á sí mismos, y éstos son doblemente malditos; malditos por la fatalidad de una ascendencia perniciosa y de una herencia deplorable, y malditos por la mala educacion que reciben ó, mejor dicho, á causa de la falta de educacion, consecuencia de los defectos y de las idiopatías de sus ascendientes. Hé aquí tres causas importantes de agravacion del tipo nervioso, que no está en manos de la ciencia y del poder humano remediar (1).

Examinando las causas de la locura, enumeradas en un tratado de esta enfermedad ó en los informes de los manicomios, se ve, en efecto, que el campo de la etiología se limita, casi por completo, á la predisposicion hereditaria, á la intemperancia, á las ansiedades y á las inquietudes del ánimo, de cualquier especie que sean. Estas son las causas que la humanidad debería procurar destruir, y siendo esto imposible, restringir al menor grado posible la predisposicion hereditaria por la abstencion del matrimonio ó

(1) No puede prestarse fe á los informes de la estadística en cuanto á la influencia de la predisposicion hereditaria en la produccion de la locura. La dificultad de conseguir la verdad en este asunto, desautoriza dichos informes. Fijándose áun de las estadísticas más concienzudas se corre el riesgo de disminuir considerablemente la influencia de la herencia, mientras que, en mi opinion, no se puede exagerar su importancia. Por razones fáciles de comprender, no presentaré aquí ejemplos sacados de mi práctica personal; pero á fin de dar idea del carácter de la influencia hereditaria y mostraría hasta donde va su accion probable, tomo tres casos de una publicacion reciente, que hacen ver al mismo tiempo cuál es el término natural de la degeneracion, continuando á través de las generaciones.

A. B., de debilidad de espíritu congenital, tuvo seis hijos, de los cuales tres murieron jóvenes y los otros tres, un niño y dos niñas, son imbeciles y han sido enviados á una casa de asilo á la edad de cuarenta años el primero, cuarenta y dos el segundo y cuarenta y cuatro el tercero. El hijo era casado, pero sin sucesion. Las hijas tampoco la tuvieron, y la familia se extinguió felizmente en la generacion actual.

C. D., en estado de demencia y cuya primera mujer murió loca, tuvo de ella numerosa familia. Cuatro de sus hijos, dos niños y dos niñas, heredaron la enfermedad mental de sus padres. Las dos hijas no tuvieron hijos. Uno de los hijos no se casó, y el otro tuvo cuatro hijos, todos muertos en corta edad. Pero C. D. tuvo de su segunda mujer, loca como la primera, seis hijos. Cinco murieron jóvenes, y el superviviente tanta la inteligencia alterada.

E. F. se suicidó en un acceso de locura; su madre estaba loca; su hermana murió en un hospital de dementes; su abuela padeció tambien enagenacion mental; su abuelo era borracho; su padre un excéntrico; su tío tenía mala salud; tuvo un hijo borracho, que se suicidó. Los demás miembros de esta familia, en cuanto se ha podido saber, son célibes y sin hijos.

la mayor prudencia en contraer esta alianza, la intemperancia por la sobriedad, las ansiedades del espíritu, por una sábia cultura mental y la costumbre de dominarse y gobernarse á sí mismo. Evitando la intemperancia y los demás excesos, se evitaria por lo pronto la demencia que proviene directamente de ellos; en seguida se prevendrían los efectos indirectos, puesto que desaparecería para la generacion siguiente una causa fecunda de degeneracion física y mental. Haciendo imposibles estas dolencias congenitales del cerebro y del espíritu, se impedirían las emociones, las agitaciones, las crisis, que son su consecuencia y que se convierten á su vez en lo que se llama las causas morales de la enfermedad.

Admitiendo que la influencia hereditaria es en la etiología de la locura el factor más poderoso, no debe dudarse que la intemperancia debe ocupar el segundo rango en la lista de las causas eficientes. No sólo la intemperancia obra como causa determinante donde hay ya predisposicion hereditaria, sino que opera como causa original de la degeneracion cerebral y mental, como productora de la enfermedad *de novo*. Si se pudieran destruir todas las causas hereditarias de la locura, si la enfermedad desapareciese por este medio durante algun tiempo, no tardaría de seguro en ser creada de nuevo por la intemperancia y otros excesos. Como ejemplo notable de los efectos de la intemperancia en la produccion de la locura, he aquí lo que ocurrió en el Asilo del condado de Glamorgan: Durante el segundo semestre del año de 1871 las admisiones de hombres no pasaron de 24, habiendo sido de 47 en el semestre precedente, y elevándose á 73 en el siguiente. En el primer trimestre del año de 1873 hubo 10, en el anterior había habido 21 y en el siguiente hubo 18. En el número de mujeres admitidas no hubo desigualdades equivalentes. Sin embargo, en la prision del condado observóse un hecho semejante; la produccion del crimen, como la de la locura, habían disminuido considerablemente. Estas observaciones presentan el siguiente interes. Los dos períodos excepcionales corresponden exactamente á las dos últimas huestas de las industrias del hierro y del carbon, que son de considerable importancia en el condado de Glamorgan. La disminucion provenia evidentemente de que, faltando á los obreros dinero para sus borracheras y excesos, se vieron obligados á la sobriedad y la templanza, cuyo resultado directo fué una disminucion marcada en el crimen y en la locura.

Si los hombres se cuidaran formalmente de hacer el mejor uso posible de su cuerpo, jamás beberían alcohol, á no ser como medicina y para

un objeto especial. Es erróneo decir que el uso de cualquier licor alcohólico se necesita para conservar la salud. A lo más es un goce, de que fácilmente se priva cualquiera, y á lo ménos es un vicio que ocasiona infinitas miserias, faltas, crímenes, locura y enfermedades. Sin contar los males evidentes é innegables de que es causa universalmente reconocida, el alcohol es origen de innumerables malas acciones que nunca se le atribuyen. ¡Cuántos actos detestables dejarían de ejecutarse, y cuántos buenos se realizarían sin su perniciosa inspiración! Cada crimen, cada acceso de locura, cada suicidio, cada enfermedad producida por él representa infinidad de sufrimientos padecidos y transmitidos.

No faltará quien diga que el consumo moderado de licores alcohólicos no puede hacer daño, y por el contrario hará provecho cuando, agotadas las fuerzas del cuerpo, se siente la necesidad de un estimulante. No sostendré que esto produzca un mal apreciable, pero no es prudente recurrir á los estimulantes alcohólicos, cuando se puede obtener el mismo resultado por la alimentación ó el descanso. En cambio hay serio peligro para el espíritu en adquirir, como sucede con frecuencia, por el medio ficticio de un estimulante, la energía que debería provenir de la fria resolución de una voluntad desarrollada. Es un hecho bastante ordinario en la vida encontrar personas de temperamento inquieto é impresionable, que tan pronto como se ven obligadas á hacer algun esfuerzo ó á sufrir alguna prueba, recurren á algun estimulante para proporcionarse el necesario vigor. Apresúranse á buscar una ayuda artificial que, con el tiempo, les hace pagar cara su existencia. Cuánto más no les valdría ejercitar su voluntad, adquiriendo así la ventaja de la facilidad del mismo ejercicio para otra ocasion. Este auxiliar, lo mismo que el usurero, lleva, en un momento determinado, un interes horrible, y si se contrae el hábito de dirigirse á él, pudiera muy bien terminar por una bancarrota de la salud. No se puede eludir la pena de haber debilitado la voluntad. Más ó ménos pronto, es preciso pagar de un modo ú otro la multa y hasta el último céntimo. Por el contrario, no es posible exagerar la ventaja de fortificar la voluntad por medio de un prudente ejercicio. Los frutos de este trabajo son de infalible socorro en el momento necesario.

Por lo ménos cinco variedades distintas de enagenación mental tienen por causa eficiente y directa la intemperancia alcohólica, sin que falten otras clases de intemperancia que tambien desempeñan su papel en la produccion de las enfermedades mentales. Si los hombres consintieran unánimemente en renunciar al alcohol y á los de-

mas excesos; si quisieran vivir con templanza, sobriedad, castidad, ó lo que es igual en el fondo, santamente, de seguro disminuiría en seguida, y en gran cantidad, el número de locos en el mundo; disminuiría en la actual generacion y mucho más en la siguiente; pero, conforme van las cosas, se eleva; produciendo al pronto excesos, y despues terribles enfermedades. Positivamente, ni en la actualidad, ni en el curso de la generacion presente, renunciarán los hombres á estos abusos, ni adoptarán voluntariamente el régimen de abstinencia, ni educarán su cuerpo para desarrollar las fuerzas, que son la gran ventaja y los servidores siempre dispuestos de una voluntad ilustrada y bien desarrollada. Continuarán como ántes, produciendo la locura por el hábito de no privarse de nada, y cuando se les muestre el árduo sendero que les convendría seguir, se alejarán de él, llenos de pesar por sus muchas pasiones.

El perfeccionamiento de la humanidad debe alcanzarse por medio del empleo severo de un verdadero sistema de educacion, que extienda los conocimientos y generalice la facultad de la abstinencia voluntaria (*self-restraint*). Es el único medio de conseguir que la locura disminuya en una generacion y de impedir que se propague de padres á hijos. No es probable que se realice un progreso sensible en la corta existencia de una generacion, porque los siglos son segundos en la lenta evolucion de la especie humana; pero no por ello debemos dejar de hacer cuanto de nosotros dependa para su adelanto, con la segura esperanza de que, áun cuando estemos en la oscuridad de la noche, llegará ciertamente el dia. Por desgracia, aún no se está de acuerdo sobre lo que debiera ser el verdadero objeto y el verdadero carácter de la educacion. Bajo el punto de vista científico, la mejor educacion debiera ser, segun parece, la que enseñara al hombre á conocerse á sí mismo, como tambien á conocer el mundo que le rodea, y del cual es á la vez una parte y un producto; la que le pusiera en estado de ser á la vez ministro é intérprete consciente de la naturaleza y de estar constantemente en sus pensamientos y en sus acciones de completo acuerdo con ella; así llegaría á ser la personalidad consciente y promovería en ella la evolucion progresiva que se realizaría por su mediacion. El fin á que debería aspirar una educacion, fundada en una psicología verdaderamente científica, es la evolucion más alta de que sea capaz el sér humano, física, moral é intelectualmente; aplicándose á conocer y á realizar esas leyes naturales que gobiernan, no sólo el mundo físico, sino tambien, y no ménos seguramente, todos los pensa-

mientos y todos los sentimientos que puede concebir el espíritu del hombre.

Pero si este es, en efecto, el verdadero objeto de la educación, la revolución que debe hacerse es inmensa. ¡Cuántas cosas se enseñan hoy al hombre que no debieran enseñarse, y cuántas ignora que le convendría saber! Promulgar los principios de la higiene mental basada en la ciencia, sería herir arraigadas creencias y chocar de frente con las convicciones de casi todos los hombres. Estoy, sin embargo, convencido de que los preceptos de una educación racional, sinceramente admitidos y animosamente practicados, valdrían más que todas las máximas de la filosofía y todos los recursos de la medicina para restringir en la tierra el dominio de la locura.

En lo que concierne á las leyes de su propia naturaleza y á sus relaciones con las leyes del mundo exterior, convendrá el hombre en que vive hoy en el mismo estado de ignorancia que los salvajes respecto á las leyes del mundo físico. Como ellos, siente los efectos, sin comprender las causas; como ellos, acepta las creencias supersticiosas, en vez de trabajar sistemáticamente para ilustrar su inteligencia; como ellos, acude á las preces, cuando debiera ejercitar una voluntad inteligente; como ellos, sufre la implacable y cruel tiranía de las leyes, que no ha aprendido á comprender, y cuya existencia no advierte, aun después de haber sufrido sus golpes. Necesariamente no hay individuo que, con ó sin conocimiento de causa, deje de atestiguar la operación en su ser de las leyes naturales; todos están seguros de su acción cuando piensan, cuando sienten, cuando obran, aunque no puedan describirla. El hombre adquiere también inevitablemente reglas de conducta empíricas ó groseras, y por ellas desgraciadamente está en peligro de atribuir los fenómenos al poder inmediato de un agente sobrenatural ante el cual se prosterna con terror pasivo, en vez de buscar con respeto las causas y de obedecerlas con inteligencia. ¡Hay acaso diferencia fundamental entre el salvaje que marcha á muerte segura, por ignorancia de las leyes de la pesantez, y el europeo civilizado encaminándose hácia la locura, por ignorancia de las leyes de su propia naturaleza y de las que rigen á los hombres y las cosas á su alrededor?

La locura es sencillamente una discordancia en el universo; es la prueba y el resultado de una falta de armonía entre una naturaleza humana individual y la naturaleza ambiente de que forma parte. Lo milagroso es que no haya más locos si se considera la ciega ignorancia de las más complicadas relaciones en que los hombres se ven obligados á vivir, hasta qué punto depende de

los groseros instintos del empirismo y lo poco que hasta ahora se han ocupado de conocer la naturaleza en ellos, y á ellos en la naturaleza.

No nos engañemos con vanas ideas. Nuestra manera de vivir en este siglo de civilización, no es la manera en que el individuo hace mejor uso de sus facultades físicas, morales é intelectuales. Cuando buscamos las causas de la enfermedad, ¡cuántos males no son directa ó indirectamente debidos á la violencia de las leyes que rigen el desarrollo de la salud del cuerpo! Ya he insistido en los desastrosos efectos de la intemperancia, y lo dicho debe bastar para ejemplo de enfermedades causadas por la ignorancia ó el desprecio de las leyes de la salud. Ahora bien: cuando de la consideración del régimen del cuerpo pasamos á la del régimen del espíritu, encontramos falta de deseo y de resolución sinceras para poner los pensamientos y los sentimientos en armonía con la naturaleza, y desarrollar el máximun de fuerzas del espíritu. Apenas hay nadie que se proponga como fin en la vida el completo desarrollo de su individuo. Lo que sobre todo se propone el hombre, la riqueza, la posición, los aplausos de la multitud, es precisamente lo más apropiado para engendrar y favorecer muchas malas pasiones, vista la ardiente competencia necesaria. De aquí los desengaños de la ambición, los celos, el pesar, la pérdida de la fortuna, las torturas del amor propio herido y mil otros sufrimientos del ánimo; es decir, cuanto se enumera como causas morales de la locura. Hay dolores que una naturaleza sanamente desarrollada no sufre jamás.

Para un hombre que da á su vida el verdadero objeto y está resuelto á hacer cuanto sea necesario á fin de realizarlo, no puede haber ambición fracasada, ni envidia ó celos, porque comprende lo poco que importa que tal ó cuál grande acción sea obra suya ó de otros, puesto que el verdadero interés de la naturaleza consiste en que se realice. Será de igual modo insensible á la pérdida de su fortuna, si estima en su verdadero valor lo que la fortuna puede darle y lo que es incapaz de procurarle; en fin, su amor propio no se considerará ofendido si ha comprendido bien la eterna lección de la vida, la renuncia voluntaria.

Pero los hombres demuestran maravillosa facilidad para engañarse á sí mismos, proponiéndose hacer poco caso de las cosas de este mundo, infinitamente miserables en comparación de los intereses tan grandes de la vida futura, y al mismo tiempo dedican todas sus esperanzas reales, todas sus aspiraciones, toda su energía, á lograr estos bienes. Su carácter es, pues, la inconsecuencia, y bien se alcanza que una naturaleza no puede ser fuerte cuando está en guerra consigo misma,

cuando su fe y sus obras están en desacuerdo. Probablemente disminuiría el número de locos en una ó dos generaciones si los hombres cesaran de engañarse á sí mismos, y se aplicarán á fortificar su carácter y á ponerlo de acuerdo consigo mismo, aprendiendo á ser sinceros con su conciencia, sea sometiendo á un exámen riguroso el fundamento de sus creencias, sea comparando los fines que se proponen con los medios que emplean para alcanzarlos.

Mucho gusta y mucho cuesta en Inglaterra la costumbre de conservar zorros para proporcionar á hombres y mujeres la diversion de cazarlos persiguiéndolos á caballo, animados de un ardor y un entusiasmo extraordinarios. Es meritorio asistir á la muerte del animal perseguido, cuando, no pudiendo correr más, le alcanzan y destrozan los perros. Quien tiene la suerte de llegar antes que los demas á esta escena de carnicería, recibe como trofeo uno de los pedazos del cuerpo disputado por los perros; se le entrega la cola. Las diversas escenas de esta caza, inspiran á los artistas tal admiracion, que emplean su talento en pintarlas, y estos cuadros, comprados por los aficionados á tales diversiones, adornan las paredes de sus salones. De tal suerte, el arte, cuya influencia eleva las almas, se presta á la glorificación de este pretendido noble ejercicio que, por bárbaro que parezca, ningun horror inspira al corazon más sensible.

Existe, sin embargo, en Inglaterra, una sociedad dedicada á proteger activamente los animales contra la crueldad de los hombres, y no sólo no hace nada para impedir la conservacion sistemática de animales con objeto de hacerlos sufrir y de matarlos por diversion, sino que esta sociedad cuenta en el número de sus miembros, sinceros y decididos cazadores de zorros. Además, los que se dedican con tanto entusiasmo á esta caza bárbara, son creyentes en la doctrina de paz y templanza de Jesucristo y no advierten su inconsecuencia. Si la facilidad del hombre para engañarse no superase todo cálculo, no se sabe cómo se atrevería á afrontar el juicio de su vida; ese juicio que espera despues de la muerte, puesto que la realizacion deliberada y sistemática de un sufrimiento á un sér sensible, le proporciona placer, no seguramente como fin, sino como medio de llegar á un fin fútil. El sér que se glorifica como superior á todos los séres mortales, es probablemente el único animal que ocasiona á otros sufrimientos y hasta la muerte por pura diversion.

Si cito este ejemplo, no es para notar la influencia que puede tener en el carácter la práctica de un juego bárbaro, sino sencillamente como una de las mil contradicciones que pueden señalarse

para demostrar lo imposible de una real sinceridad en el pensamiento, puesto que el hábito de engañarse es tan flagrante. Aquí está, en efecto, el mal. La cosa se verifica, sin duda, inconscientemente; pero no por ello los efectos son ménos perniciosos, y acaso el engaño que se ocasiona al carácter es, por lo mismo, más grande.

MAUDSLEY,

Profesor de Medicina legal en la Universidad de Londres.

(Concluirá.)

LOS ESPECTROS DE LOS PLANETAS.

El periódico alemán, *Naturforscher*, extracta un nuevo é importante trabajo que acaba de publicar en Leipzig, con el titulo de *Investigaciones sobre los espectros de los planetas*, el sabio director del observatorio de Bothkamp, doctor H. C. Vogel, en el cual trata sucesivamente del espectro de todos los planetas.

El doctor Vogel precede la observacion de estos espectros, de un estudio profundo de las rayas telúricas, rayas producidas en el espectro solar por la absorcion de nuestra atmósfera. La luz de cada planeta ha sido analizada por medio de un espectróscopo más ó ménos dispersivo, segun la brillantez del planeta.

Hé aquí los resultados:

Las rayas principales del espectro de Mercurio, coinciden absolutamente con las del espectro solar. Resulta, además, de las observaciones hechas, que ciertas rayas que sólo se producen en el espectro del sol cuando este astro se halla muy bajo sobre el horizonte y la absorcion por nuestra atmósfera es considerable, se encuentran permanentemente en el espectro de Mercurio. Debe, pues, deducirse de aquí la existencia de una cubierta gaseosa alrededor de Mercurio, ejerciendo sobre los rayos solares una accion absorbente igual á la de nuestra atmósfera cuando llega á su máximun. En general, las proporciones ménos refrangibles del espectro de Mercurio presentan resplandor más vivo que las más refrangibles; pero es imposible separar aquí el efecto de nuestra atmósfera, del producido por la atmósfera del planeta.

La luz que nos envía Vénus es parecida en sus caracteres esenciales á la luz solar, añadiendo sólo algunas rayas que pueden ser identificadas con las del espectro de absorcion de nuestra atmósfera. Las observaciones astronómicas han demostrado de un modo casi cierto, que Vénus está rodeado de una atmósfera, conteniendo en capa densísima numerosos productos de condensación.